

FRANCESC BADIA I DALMASES

ORDEN Y DESORDEN
EN EL SIGLO XXI

GOBERNANZA GLOBAL
EN UN MUNDO DE ANSIEDADES

Icaria ✚ Antrazyt
ANÁLISIS CONTEMPORÁNEO

ÍNDICE

Prólogo. La sedimentación del caleidoscopio
de Francesc Badia, *Manuel Montobbio* 11

Introducción. Doce años convulsos 15

I. Cuestiones de agenda global 27

Igualdad en la diversidad: ciudadanías culturales
en globalización 27

Herencias del industrialismo, oportunidades
de la digitalización 40

¿Y si la máquina se para? Una ciber-gobernanza global
es necesaria 57

El cambio súbito: del pequeño incidente a la gran
transformación 61

II. Redes y guerras del siglo XXI 65

Entender las redes terroristas de mundo pequeño 65

Muerte de Bin Laden y agonía de Al-Qaeda 102

Al-Qaeda, Al-Zawahiri, y la herencia envenenada
de Bin Laden 105

Al-Qaeda en Toulouse: ¿o, simplemente, un «lobo
solitario»? 108

III. Política local y gobernanza global 111

Cataluña y la gobernanza global: ¿hacia una política exterior
democrática y eficiente? 111

Gobernanza global en un mundo de ciudades 138

IV. Un nuevo desorden mundial	151
La deconstrucción de Oriente y Occidente y la gobernanza global	151
La segunda guerra de Irak ha terminado, o casi	157
Prediciendo lo impredecible: el viaje político de Fred Halliday	160
Obama versus Romney: el mundo desde Boca Ratón	164
Gobernanza en el Mundo Árabe: la historia se precipita	168
V. La hora de Europa	179
Obama a la hora del té. La derrota demócrata ¿una oportunidad para la agenda internacional europea?	179
Salir de la crisis en Europa: hora de alcanzar un Gran Acuerdo	182
Una lógica para Europa debe incluir el Sur	194
Bibliografía	199

PRÓLOGO

LA SEDIMENTACIÓN DEL CALEIDOSCOPIO DE FRANCESC BADIA

Manuel Montobbio

Al recibir el texto de *Orden y desorden en el siglo XXI. Gobernanza global en un mundo de ansiedades* de Francesc Badia, con la petición de prologarlo, y al recorrer posteriormente el itinerario que ofrece a través de sus páginas —algunas para mí ya conocidas, otras nuevas— no he podido dejar de pensar que no es este itinerario solo el de la obra, sino al tiempo el de la evolución de la persona. Que nos encontramos a la vez ante el retrato de un tiempo —ese tiempo nuestro en que vivimos, tiempo interesante de la maldición china— y el de su paso en la persona de Francesc Badia. Y al mismo tiempo nos encontramos ante un caleidoscopio y un proceso de sedimentación, que transcurre durante los doce años que van de dos mil dos a dos mil catorce en que han sido escritos los diferentes ensayos y artículos que recoge la obra, que viene de antes y va más allá.

Un tiempo que se inicia precisamente en la época en que nos conocimos al coincidir nuestras trayectorias profesionales en la organización del Fórum Universal de las Culturas Barcelona 2004 —yo como embajador en Misión Especial para este, Francesc en la conceptualización de sus diálogos—, esa aventura fruto de la ansiedad local y la vocación global durante la que iniciamos la conversación sobre las cuestiones tratadas en estas páginas y tantas otras que caracterizan el tiempo interesante que nos ha tocado vivir.

Recuerdo que lo primero que leí de él fue «Herencias del industrialismo, oportunidades de la digitalización», un ensayo, precisamente, sobre el cambio de era que conlleva la globalización de la sociedad de la información y las preguntas que despierta sobre

nuestra identidad y nuestro modo de vida, la de si la digitalización puede abrir la oportunidad a que este sea menos material. Francesc tenía por aquel entonces, como denota el texto, una inquietud, estaba en una búsqueda.

Una búsqueda, una inquietud, que le han llevado a orientar su trayectoria profesional hacia el desempeño de funciones ejecutivas en algunas de las entidades dedicadas a las relaciones internacionales de referencia en Barcelona, como la Fundación Interarts, el Institut Europeu de la Mediterrània o la Fundación CIDOB, pero a la vez a mirar más allá de la gestión del día, a preguntarse por el qué, el por qué, el cómo y el hacia dónde del mundo en transformación, el tiempo que nos ha tocado vivir, el futuro hacia el que nos dirigimos. Ir leyendo sobre ello, documentándose, informándose, preguntándose y respondiéndose. Y, a partir de ello, cuando surgen las respuestas e ilumina la luz el paisaje, cuando germinan y maduran las ideas, sobre ello escribir, en el instante del papel apresarlas para siempre, a través de él compartirlas.

Pudiera parecer, si nos atuviéramos a un orden estrictamente cronológico, que brotan estas sin un orden aparente, diversas y cambiantes son las inquietudes de cada momento, parecieran a menudo sin relación unas con otras. Mas si apretamos el zoom y las contemplamos en gran angular, en la perspectiva del tiempo y la visión de conjunto, resultan piezas de un mismo mosaico y dibujan entre todas un rostro, tienen en su conjunto un significado más allá del que tienen individualmente por sí mismas. Pues bajo los hechos que emergen a la superficie de las noticias de cada día, subyacen corrientes e ideas que los causan, los mueven y los explican. Ejes estructuradores, hilos conductores de la realidad y la problemática que refleja, de lo que nos preocupa y por lo que nos preguntamos. Ejes o hilos, en el caso de los escritos que Francesc Badia recoge en *Orden y desorden en el siglo XXI. Gobernanza global en un mundo de ansiedades*, de las cuestiones de la agenda global, como los retos y oportunidades que nos plantean las nuevas tecnologías digitales y la globalización de la sociedad de la información, de lo político a lo identitario; de las redes y guerras del siglo XXI, desde el marco teórico y conceptual que nos aporta en «Entender las redes terroristas de pequeño mundo» a su aplicación al análisis de la muerte de Bin Laden y la evolución de Al Qaeda; de política local y gobernanza

global, reflejo y muestra de la perspectiva de Barcelona y Cataluña desde la que el autor escribe y su preocupación por los retos y oportunidades que la globalización plantea, sea de la construcción de una proyección exterior de Cataluña que contribuya a la gobernanza global, sea de construcción de un sistema de gobernanza multinivel de un mundo estructurado en ciudades, con especial atención a estas; del nuevo desorden mundial, para cuya comprensión y explicación dirige su mirada al debate entre Obama y Romney, a la gobernanza del Mundo Árabe, a la obra de Fred Halliday y a mi libro *Salir del Callejón del Gato. La deconstrucción de Oriente y Occidente y la gobernanza global*; la hora de Europa, la necesidad de esta frente y ante la crisis, de un pacto global, un nuevo contrato social que incluya necesariamente la perspectiva del Sur, de construirla, de repensar la construcción europea en un mundo y un tiempo de transformación, en transformación.

Ejes, hilos conductores que hilvanan y relacionan entre sí los escritos que componen la obra, les dan un significado más allá del que por sí mismos tienen; y de ahí en buena medida el sentido, el plus que el autor nos aporta al haberlos aglutinado en ella. Mas al tiempo elementos de un caleidoscopio, de un retrato cubista. Se compone la realidad de esos ejes e hilos, necesitamos para su comprensión responder las preguntas que a ellos subyacen, y bien puede ser, como lo ha sido en el caso de Francesc Badia, que al contemplar la realidad en el caleidoscopio sean estas las piezas que configuren su imagen; mas podrían también ser otras. Nos decía Picasso al inaugurar el cubismo con «Las señoritas de Aviñón» que para captar la realidad no basta con mirarla de frente, sino también y al tiempo desde arriba y desde abajo, de un lado o desde atrás, en diagonal no en línea recta; y que recomponiendo en un cubo, reflejando en un cuadro simultáneamente esas diferentes perspectivas y visiones, podremos contemplarla más plenamente y mejor.

Cada uno tenemos nuestra particular y cambiante visión de la realidad, del mundo y sus qué, por qué, para qué, cómo y hacia dónde en el caleidoscopio; nuestro particular cuadro cubista. Cada uno está influido por la visión de otros cuadros, otras visiones y experiencias de la realidad, otras lecturas.

Francesc Badia nos ofrece ahora el suyo, pintado a lo largo y a través de los años en que ha ido componiéndose esta obra, con la

vocación de contribuir a la conversación global, de aportar su voz a la construcción de la gobernanza y el orden global, su contribución a la comprensión y aprehensión del tiempo interesante en que vivimos. Contemplarlo, leerlo, nos ayudará a pintar el nuestro, a mejorar nuestra visión y configurar nuestra propia imagen en el caleidoscopio.

INTRODUCCIÓN

DOCE AÑOS CONVULSOS

The recent past is the hardest to know and understand.

TONY JUDT*

Los ensayos recogidos en este volumen fueron escritos y publicados en distintos medios y formatos durante el periodo que va desde mayo de 2002 a mayo de 2014. Una docena de años que abarca esta época convulsa que ha vivido el mundo a partir de lo que algunos han considerado el acontecimiento fundacional del siglo XXI: los atentados del 11 de septiembre del 2001 en el World Trade Center de Nueva York.

Al «corto siglo XX» que, según el historiador británico Eric Hobsbawm,¹ va desde el inicio de la primera guerra mundial en 1914 hasta la desintegración de la Unión Soviética en 1991, le sucedió el *momento unipolar* americano, una década marcada por una hegemonía indiscutible de los Estados Unidos donde, según el profesor Fukuyama,² el fin de la Historia significaría la universalización de la democracia liberal de corte occidental como la forma final del gobierno humano.

Este *momento unipolar*—un término acuñado en Foreign Affairs por el conservador Charles Krauthammer³ en 1990— supone un

*Judt, Tony (2015), *When de Facts Change*, William Heinemann, Londres, p. 270.

1. Hobsbawm, Eric (1995), *The Age of Extremes. The Short 20th Century 1914-1991*, Abacus, Londres.

2. Fukuyama, Francis (1992), *The End of History and the Last Man*, Free Press, Nueva York.

3. Krauthammer, Charles (1990/1991), «The Unipolar Moment». *Foreign Affairs*, Vol. 70, n. 1, America and the World 1990/91, pp. 23-33.

periodo de relativa estabilidad en la arena internacional. Salvo las guerras de la desintegración yugoslava y varios conflictos internos localizados (Congo, Chechenia, Ruanda, Somalia, Argelia, Tayikistán...), el acontecimiento más significativo fue la Guerra del Golfo: una coalición liderada por Estados Unidos y amparada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, consiguió restablecer de una manera rápida, quirúrgica y brutal, pero relativamente incruenta, la legalidad internacional rota por Irak, que se había anexionado Kuwait por la fuerza.

Transmitida en directo por la CNN, la fulminante victoria militar supuso la manifestación eufórica de la hegemonía norteamericana, que nos aseguraba un «nuevo orden mundial». Fue el 29 de Enero de 1991, en pleno bombardeo de Irak, cuando el presidente George H. W. Bush argumentó que lo que estaba en juego en Kuwait, más que un pequeño país, era una gran idea:

Un nuevo orden mundial, donde diversas naciones se unen para alcanzar las aspiraciones universales de la humanidad —paz y seguridad, libertad, e imperio de la ley. Es ese un mundo que merece nuestros esfuerzos, y que merece el futuro de nuestros hijos.⁴

Finalizada la guerra fría, se pensó que un orden más estable propiciaría la colaboración entre los grandes actores internacionales y que, bajo liderazgo americano, se alcanzaría una mayor integración mundial. La globalización, entendida como la extensión del capitalismo a todo el planeta, si bien viene puntuada por crisis regionales y *crashes* bursátiles (sudeste asiático en 1997-1998; Rusia en 1998; *puntocoms* en el 2000, Argentina en 2001...), triunfa definitivamente en todas partes. Pese a sus consecuencias debilitadoras para la autoridad de los estados, la desregulación del mercado financiero y el libre flujo de capitales se impusieron por doquier. La revolución tecnológica de las comunicaciones y la eclosión de Internet se convierten entonces en la infraestructura que acelera los cambios.

4. <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=19253>.

Desde el desmembramiento relativamente ordenado y pacífico —salvo en Chechenia— de la Unión Soviética en 15 repúblicas distintas, hasta el impulso a la construcción de la Unión Europea, desde la abolición del *apartheid* en Sudáfrica y los avances de la democracia en América Latina, hasta el crecimiento de los «Tigres Asiáticos» y la estabilidad de la China post-Tiananmen, el mundo de la post-guerra fría parecía efectivamente encaminarse —a pesar de la crítica de Samuel Huntington, que desconfiaba del nuevo orden y anticipaba un choque de civilizaciones—⁵ hacia el liberalismo, la integración y la democracia.

Pero otro gran historiador británico, Tony Judt, ya advertía contra lo que llamó una «perversa insistencia contemporánea en *no* comprender el contexto de nuestros dilemas presentes, en casa y en el extranjero; en buscar activamente *olvidar* antes que recordar, en negar la continuidad y proclamar la novedad a la primera ocasión que se presente. Probablemente, el pasado reciente todavía estará presente entre nosotros algunos años más».⁶ Seguramente, las continuidades de la historia tienden a ignorarse todavía más hoy, en unos tiempos en que la multiplicación y la fragmentación de la información escatiman el *tempo* necesario para la comprensión real y en perspectiva de lo que está aconteciendo. La verdad, en cualquier caso, es que ese *momento unipolar* duró (por lo menos en su versión eufórica) apenas una década, y dio paso a un mundo crecientemente multipolar, tan interdependiente como complejo e inestable.

El mundo ya no se rige por una lógica multilateral liderada por Occidente, y la multiplicación de actores —corporaciones transnacionales, organizaciones internacionales, ONG globales y otros actores no estatales— cuestiona el viejo orden, surgido de la Segunda Guerra Mundial. Es un proceso que puede caracterizarse como de difusión del poder, hasta ese momento concentrado en los grandes estados-nación.

5. Huntington, Samuel (1996), *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Simon & Schuster, Nueva York.

6. Judt, Tony (2008), *Reappraisals: Reflections on the Forgotten Twentieth Century*, Penguin Books, Nueva York.

Ansiedad y desorden

Iniciado el siglo XXI, conceptos como ansiedad y desorden se incorporan de manera creciente al análisis de las relaciones internacionales, haciéndose ahora evidente la necesidad de trabajar en un entorno donde las interdependencias se han intensificado. Los estados-nación viven un proceso de pérdida de soberanía y competencias que obliga a repensar una gobernanza global, deficitaria democráticamente y mucho más compleja, que necesita integrar los distintos niveles de gobierno, del local al supranacional, y también los distintos actores.

Pero estas nuevas formas de gobernanza están todavía mal definidas, y se enfrentan a algunas de las limitaciones fundamentales de la llamada híper-globalización económica, que algunos economistas críticos como Dani Rodrik consideran excesiva y poco respetuosa con la democracia. Rodrik señala los límites de las nuevas formas de gobernanza global:

Las identidades políticas y las pertenencias giran todavía alrededor de los estados-nación; las comunidades políticas están organizadas de manera doméstica, y no de manera global; solo han emergido normas verdaderamente globales en una gama muy restringida de asuntos; y persisten, a través del mundo, sustanciales diferencias para alcanzar los acuerdos institucionales que serían deseables.⁷

Si, siguiendo con Rodrik, la globalización debe ser un instrumento para proporcionar aquello que buscan las sociedades —es decir prosperidad, estabilidad, libertad y calidad de vida— no parece que esté funcionando del todo, aún a pesar de sus éxitos evidentes en la reducción de la pobreza, la alfabetización o el aumento de la esperanza de vida a nivel mundial. Al haber situado al crecimiento económico ilimitado por encima de los demás valores, la globalización, presa de una lógica especulativa y cortoplacista, se ha llevado por delante ingentes recursos, y ha generado tensión,

7. Rodrik, Dani (2011), *The Globalization Paradox. Democracy and the Future of World Economy*, W. W. Norton & Company, Nueva York, p. 232.

asimetrías, y un aumento insoportable de la desigualdad y de la desconfianza.

Los primeros doce años del siglo XXI han sido, pues, años inestables y convulsos. Muchas de las ideas y estructuras institucionales heredadas del siglo XX se han demostrado inadecuadas y caducas para la gobernación del orden internacional. Pero más grave es que no que hayan emergido aún, al menos de forma comprensible, las ideas y estructuras que han de regir las décadas por venir. A ello debemos aplicarnos, puesto que no hemos sabido construir aún el cambio de paradigma necesario para adaptarnos al nuevo milenio.

Caos sistémico

Leída 20 años después de ser escrita, la advertencia de Eric Hobsbawm, al final de su libro sobre el corto siglo XX, suena hoy profética:

No sabemos a dónde vamos. Solo sabemos que la historia nos ha traído hasta este punto (...) y por qué. Sin embargo, una cosa es meridiana. Si la humanidad ha de tener un futuro reconocible, no puede hacerlo prolongando el pasado o el presente. Si intentamos construir el tercer milenio sobre estas bases, fracasaremos. Y el precio del fracaso, es decir, la alternativa a una sociedad distinta, es la oscuridad.⁸

Durante estos doce años, siguiendo un proceso de difusión del poder, la estabilidad geopolítica se ha esfumado. La anexión de Crimea por parte de Rusia en la primavera 2014 es un hecho trascendental, que no hace sino confirmar que el viejo orden de la legalidad internacional, que sobrevivió a la guerra fría y entró en crisis en los Balcanes, colapsó en Irak y no ha sobrevivido a la Gran Recesión, desencadenada en 2008.

La estabilidad europea, sellada en 1975 con el Acta Final de la Conferencia de Helsinki, que ratificaba la *Inviolabilidad de las fronteras* (principio III) y la *Integridad territorial de los estados* (principio

8. Hobsbawm, Eric, op. cit. p. 585.

IV).⁹ se ha quebrado peligrosamente con la guerra híbrida en el Este de Ucrania. Las instituciones de Breton Woods no han sabido corregir sus flagrantes y anacrónicos desequilibrios; los BRICS han fundado su propio Banco de Desarrollo, y China se reafirma, no solo como gran potencia económica, sino como potencia regional que se rearma y tensiona crecientemente su Mar del Sur.

La inestabilidad global sigue teniendo un foco permanente de tensión en Oriente Medio. La catálisis de las redes yihadistas en un proto-Estado Islámico, que ha fermentado al amparo de la guerra civil Siria, el vacío de poder, y el caos sectario provocado por la destrucción en Irak y la descomposición de Libia, obliga otra vez a organizar inestables coaliciones ad-hoc a unos estados occidentales escarmentados con la Yihad y cada vez más cautos a la hora de intervenir sobre el terreno. Las Naciones Unidas, incapaces de reformarse a sí mismas, se ven sometidas a un bloqueo constante, mientras las potencias regionales —que deberían asumir su parte de responsabilidad en la estabilización del Mundo Árabe— o no están preparadas, o no quieren estarlo.

Tras su crisis constitucional en 2005 y el impacto especialmente destructivo de la Gran Recesión en su flanco Sur, la Unión Europea sigue teniendo dificultades estructurales de gobernanza interna y suma tensiones nacionalistas y populistas en su seno, que la distraen de consolidar su modelo de sociedad abierta y responsable, y de asumir un papel estabilizador en el mundo. En un planeta necesitado de una coordinación robusta de la gobernanza global y de una

9. «III. *Inviolabilidad de las fronteras*: Los Estados participantes consideran mutuamente como inviolables todas sus fronteras, así como las fronteras de todos los Estados en Europa y en consecuencia se abstendrán ahora y en el futuro de atacar dichas fronteras. En consecuencia, se abstendrán también de toda exigencia o de todo acto encaminado a apoderarse y usurpar todo o parte del territorio de cualquier Estado participante.

IV. *Integridad territorial de los Estados*: Los Estados participantes respetarán la integridad territorial de cada uno de los Estados participantes. Por consiguiente, se abstendrán de toda acción incompatible con los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas, contra la integridad territorial, la independencia política o la unidad de cualquier Estado participante, y en particular de cualquier acción semejante que constituya una amenaza o uso de la fuerza. [...] Ninguna de tales ocupación o adquisición se reconocerá como legal.»

nueva geopolítica, Europa debe recuperar el pulso económico y democrático y su capacidad de innovación institucional y política. Se trata de convertir la creciente interdependencia en una mayor integración, no solo en el nivel supranacional, sino también en los distintos niveles de la gobernanza colectiva.

El mundo, que recuerda el centenario del estallido de la Gran Guerra, necesita urgentemente reconstruir la confianza estratégica y poner en pie nuevas instituciones multilaterales para la regulación del sistema, capaces de afrontar con autoridad la incertidumbre de las crisis financieras, climáticas, epidemiológicas o de seguridad que se avecinan. Pero tiene que hacerlo sobre nuevas bases, que tengan en cuenta la realidad y los riesgos del momento. Si en 1994, cuando Hobsbawm escribió su libro, Occidente significaba el 45% de la economía mundial frente al 17% de los BRICS, en el 2016 puede que la situación se haya invertido y los BRICS ya representen el 33%, frente al 32% de Occidente. En cualquier caso, la velocidad del cambio es inaudita.

El profesor Giovanni Arrighi, autor de un libro sobre la historia de la economía política titulado —interpelando a Hobsbawm— *El largo siglo XX*, dudó de que el final de la hegemonía americana fuera a ser ordenado.

El creciente peso económico de China en la economía política global —sostuvo Arrighi— no garantiza por sí mismo la emergencia de un mercado mundial centrado en Asia Oriental, basado en el respeto mutuo de las culturas y civilizaciones del mundo. [...] Un resultado como este presupone un modelo de desarrollo radicalmente distinto que sea, entre otras cosas, socialmente y ecológicamente sostenible, y que proporcione al Sur Global una alternativa más equitativa a la continuación de la dominación occidental. Todas las transiciones de hegemonía anteriores se caracterizaron por largos períodos de caos sistémico, y este sigue siendo un resultado alternativo posible.¹⁰

10. Arrighi, Giovanni (2010), *The Long Twentieth Century. Money, Power and the Origin of our Times. Second Edition*, Verso, Nueva York, pp. 385-386.

Repensar el mundo

Si la palabra crisis define un período en lo que lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer, estos primeros años del siglo están siendo años de crisis profundas que se reflejan, de manera poliédrica, a través de los textos aquí recogidos. Y lo hacen en su doble dimensión, global y local.

Global, en el sentido de que la configuración del nuevo orden mundial no acaba de aparecer, mientras los problemas planetarios de la humanidad —desde el cambio climático o los límites del crecimiento, hasta la seguridad humana, la salud global o las tensiones demográficas— se agudizan y reclaman una mejor gobernanza, por ahora aún muy borrosa y deficiente. La puesta en marcha, como reacción a la gran crisis financiera, del G-20 en 2009, se ha demostrado claramente insuficiente, no siendo menor el problema de su legitimidad como «directorio» mundial, que impone sus prioridades sin apenas tener en cuenta a los demás.

Local, también, en el sentido de que la incapacidad de las estructuras heredadas para hacer frente a problemas cotidianos provoca ansiedad y una reacción defensiva. Los ciudadanos, atemorizados por la dimensión incontrolable de la economía, la desaparición de las barreras protectoras del Estado y las consecuencias de unas decisiones tomadas por actores cada vez más alejados, arrogantes y hegemónicos, se refugian en sus pertenencias domésticas y en espejismos de soberanía local, mirando por el retrovisor en busca de una seguridad que la globalización neoliberal les ha arrebatado.

A falta de poder real, impera la obsesión por el control político del espacio doméstico. Y así, sometidas a la tiranía del corto plazo, las políticas locales de la inseguridad y de la permanente construcción del enemigo, bloquean políticas globales de construcción estratégica de confianza y provisión colectiva de bienes públicos, que deberían incluir mecanismos de atenuación de las desigualdades y de contribución solidaria a la casa común. Los nacionalismos, que renacen con fuerza en momentos de confusión y malestar, no son una respuesta a los problemas del mundo de hoy, cuya dimensión intrínsecamente transnacional va desde el dióxido de carbono y la gobernanza de Internet hasta el terrorismo internacional, la degradación de los acuíferos o la evasión fiscal corporativa.

* * *

El título de esta recopilación de ensayos, *Orden y desorden en el siglo XXI. Gobernanza global en un mundo de ansiedades*, responde a la doble tensión de fondo que se plantea entre la dimensión transnacional de los riesgos y problemas y la dimensión doméstica de la política. Desde distintos tonos y estilos, condicionados por la diversidad de los formatos en que fueron originalmente publicados, en todos los ensayos subyace la que pudiera ser la cuestión fundamental a resolver en nuestra época convulsa, a saber: que aunque los verdaderos problemas tienen una dimensión definitivamente global, la política sigue siendo fundamentalmente una cuestión local, y ello produce ansiedad, incapacidad y desorden.

Dicho de otra manera: no habrá gobernanza global (es decir: un gobierno de los sistemas desplegados globalmente —mercados, clima, comunicaciones, migraciones— acorde con principios de equilibrio, sostenibilidad y justicia), si no se resuelven las ansiedades locales, si no se pone en marcha una Política con mayúsculas, tanto arriba, en el nivel multilateral y supranacional, como abajo, en el nivel nacional y local.

No es seguro que el anticipado fin de la hegemonía occidental en el sistema internacional signifique la llegada de un nuevo sistema de gobernanza global, capaz de poner fin al creciente desorden. Tampoco está resuelta la crisis de una Europa envejecida y ensimismada, y las tensiones nacionalistas internas se suman a populismos de distinto signo que, en el nombre de una democracia reinterpretada, amenazan con la fragmentación y la liquidación del sueño europeo de unidad, justicia y libertad que edificaron sus elites.

Como en otros momentos cruciales de la historia, quizás haya llegado el momento de repensar el mundo. Sabemos que nada es irreversible, y que es arriesgado despertar a los fantasmas de la barbarie que habitan Europa. Las condiciones de la democracia, del humanismo y del cosmopolitismo deben, en palabras de Edgar Morin y Mauro Ceruti,¹¹ «regenerarse permanentemente, si no quieren degenerar».

11. Morin, Edgar; Ceruti, Mauro (2013), *La nostra Europa*, Raffaello Cortina Editore, Milán.

Hace más de diez años, Timothy Garton Ash advertía que, o bien Occidente consigue superar las pequeñas diferencias narcisistas que lo dividen y logra hacer avanzar el bien común, o estas divisiones internas le llevarán a una creciente irrelevancia. «En una perspectiva histórica más larga —escribía Garton Ash en 2004—, esta puede ser nuestra última oportunidad para establecer la agenda de la política mundial.»¹² Quizás esa oportunidad la hayamos perdido ya, pero la preservación de las sociedades abiertas y de aspiración cosmopolita, que mantengan un debate vibrante y democrático, crítico ante los problemas y constructivo ante las soluciones, al que quieren contribuir modestamente estos ensayos, debería ser la prioridad absoluta de todos aquellos preocupados por la *res publica* y por el bien común.

Fue el filósofo Karl Popper quien dijo que «Ningún libro puede terminarse nunca. Mientras se trabaja en él, aprendemos lo justo para darnos cuenta de lo inmaduro que es en el momento en que lo dejamos». Esto es particularmente cierto en este caso, puesto que el proceso de recopilación, relectura, reordenación y, en algunos casos, traducción o edición de los ensayos y artículos que lo componen ha puesto de relieve la naturaleza especialmente volátil y mutante de las relaciones internacionales, y la dificultad de distinguir correctamente entre acontecimientos coyunturales y corrientes de fondo.

Cada época tiende a pensarse a sí misma como trascendental, histórica y determinante para el futuro de la humanidad, acaso porque la dimensión efímera de sus protagonistas condiciona la visión de los acontecimientos que les toca vivir como únicos e irrepetibles, cuando en realidad vienen de muy lejos, y seguirán aconteciendo mucho más allá del tiempo biográfico de sus testigos. Aún así, cada generación tiene la responsabilidad de pensar, comprender y actuar en el mundo, si no para cambiarlo, sí, por lo menos, para evitar que se venga abajo.

Si esta recopilación puede servir para aportar alguna ilustración al análisis y a la interpretación de las complejas transformaciones vividas a lo largo de los doce años que comprende, a sumar algu-

12. Garton Ash, Timothy (2004), *Free World: America, Europe and the Surprising Future of the West*, Random House, Nueva York.

na pincelada al retrato de una época convulsa y apasionante, o a apuntar alguna idea para afrontar nuestro futuro colectivo, quizás habrá valido la pena.

Al lector le tocará juzgar el valor de esta empresa.

Mas de Flandí, Calaceite
Primavera de 2015